

JÓVENES: REFLEXIONES EN TORNO AL TEMA DE LA PARTICIPACIÓN Y LA POLÍTICA

PATRICIO BUSTOS PIZARRO*

«El hombre es el animal que pregunta. El día en que verdaderamente sepamos preguntar, habrá diálogo. Por ahora las preguntas nos alejan vertiginosamente de las respuestas».

Julio Cortázar, *Rayuela*

I.- PRESENTACIÓN

EN LOS ÚLTIMOS SEIS AÑOS, y previo a la realización de las contiendas electorales desarrolladas en ese período en nuestro país, ha sido común escuchar la interpelación directa o encubierta de autoridades gubernamentales, de partidos políticos y de algunas personalidades sociales a los jóvenes por el *desinterés* que han mostrado por inscribirse en los registros electorales y por participar de los procesos electorarios.

De hecho, hace pocos días el Ministerio del Interior y el Servicio Electoral lanzaron una campaña que busca promover en los jóvenes la inscripción en los registros electorales y su posterior participación en las elecciones parlamentarias de fin de año. Una cifra

* Profesor de Estado en Filosofía, Magister (c) en Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Santiago. Actualmente se desempeña como Jefe de Gabinete del Director del Instituto Nacional de la Juventud.

no despreciable de recursos se ha destinado para lograr tales propósitos.

¿De la cantidad de recursos destinados a la iniciativa gubernamental se puede dimensionar el grado de preocupación que sobre el particular existe en el gobierno y el significado que éste le asigna a la participación de los jóvenes en las contiendas electorales? El millón de jóvenes en edad de inscribirse en los registros electorales y de ejercer su derecho a votar y que aún no lo ha hecho puede ayudarnos a responder esta interrogante.

Según las autoridades, desde 1988 a 1996 se ha observado una tendencia cada vez más marcada de creciente desinterés en los jóvenes por inscribirse en los registros electorales. En 1988 el porcentaje de jóvenes de entre 18 y 24 años inscritos representaba el 20% del total, mientras que en la actualidad este porcentaje representa sólo el 9%.¹ Junto con apreciar que progresivamente ha venido disminuyendo el porcentaje de jóvenes inscritos a pesar de las campañas que se han realizado y de la *efervescencia* que las elecciones tienden a producir en la comunidad, también se puede constatar que el padrón electoral indica una progresiva tendencia a su envejecimiento.

Si cada vez son menos los jóvenes que se inscriben en los registros electorales y además son menos los que votan, dado que también se ha detectado que un porcentaje no menor de los inscritos justifican ante las autoridades competentes su *imposibilidad* para asistir a sufragar, entonces, ¿qué sucederá con la fuente y/o mecanismo que le otorga legitimidad al sistema político, a las autoridades y a las decisiones que éstas tomen a futuro?

En otras palabras, una sociedad en permanente cambio y enfrentada a múltiples desafíos en el campo internacional, en el económico, en el tecnológico, en el político, en el medio ambiental, en el educativo, en el cultural y en el social, como la nuestra, no puede entregar la responsabilidad de sus decisiones exclusivamente a las generaciones más adultas. Necesariamente se requiere de la participación de las nuevas generaciones, pues son éstas las que contribuyen a darle la dinamicidad, la creatividad y *los niveles de conflictividad* que toda sociedad requiere para su normal desarrollo, de no ocurrir así, entonces estaremos asistiendo al anquilosamiento paulatino de su accionar frente a los desafíos futuros y generando

1 Ver Diario *La Segunda* del día jueves 14 de mayo en el que se señala que si el millón de jóvenes votara decidirían la elección parlamentaria de diciembre.

crecientes y complejos segmentos de ciudadanos políticamente no integrados y socio-culturalmente eventuales y/o potenciales constructores de un concepto de comunidad y de país basado en lógicas que acentúen el individualismo.

Es posible sostener que la actual tendencia de los jóvenes a no inscribirse en los registros electorales, a no participar de los procesos electorarios y de la actividad política partidaria, no es la causa del desprestigio o de la falta de interés que afecta a la actividad política, sino más bien resulta ser una consecuencia derivada de una actividad que no se ha adecuado a las transformaciones ocurridas en la cultura cívica del país, que ha privilegiado la política superestructural de la institucionalidad autoritaria, que no reconoce ni incorpora en rigor la existencia de una realidad juvenil diversa y que no concibe a los jóvenes en tanto sujetos de derechos, constructores de su propia identidad y que constituyen formas de agrupamiento distintas y más dúctiles,² del tipo temáticas más que políticas.

Este desencuentro o relación de distancia entre los jóvenes y los partidos, su dirigencia y su actividad política, constituye en nuestro país un fenómeno sociopolítico nuevo que se expresa de diversas formas y que tiene múltiples causas, tanto estructurales como sociológicas, culturales y psicológicas. Incluso, es posible afirmar que tal vez nunca antes en la historia política de Chile de los últimos cuarenta años se había producido un nivel de distanciamiento tal entre clase política y jóvenes, que llegara al punto de provocar la interpelación de las autoridades políticas del país a los jóvenes para inscribirse en los registros electorales y participar luego del proceso electorario.

Si bien podemos observar los esfuerzos que se han realizado por acercar a los jóvenes a los mecanismos clásicos de participación política, por otro lado, también podemos observar cómo la propia clase política se desliga de su responsabilidad ante este fenómeno y la exterioriza y la traslada arbitrariamente a los jóvenes, calificándolos de «apáticos» y de «desinteresados» en la política y en los asuntos públicos. Esta actitud ejercida por la clase política no hace más que instalar en el sentido común de las personas una nueva forma de estigmatización hacia los jóvenes, *la estigmatización política*. En otras palabras, si el joven no se integra políticamente a la sociedad y

2 Así lo ha demostrado un estudio realizado por el Instituto Nacional de la Juventud, los jóvenes muestran otras motivaciones e intereses para organizarse o agruparse. Este estudio está en proceso de edición.

participa de sus procesos, entonces se presume que es contrario a ésta y que eventualmente puede transformarse en un elemento que podría llegar hasta subvertir el orden establecido. Esta visión —por cierto parcial de la realidad— pone en evidencia los niveles de desencuentro de los que hablábamos, y al mismo tiempo muestra la «oposición entre las dos imágenes que tiene Chile de su juventud: instrumento de la modernización, o elemento marginal y hasta peligroso».³

Frente a esta mirada dual e injusta acerca de los jóvenes y la política; injusta tanto para los jóvenes como para la propia actividad política, este artículo aspira a abrir un diálogo que haga fluir la reflexión en torno a formular preguntas acerca de las causas que han provocado el surgimiento del fenómeno de distanciamiento entre los jóvenes y la política, para luego intentar atisbar algunas posibles soluciones.

Por qué ha de ser relevante preguntarse por las causas que han provocado el distanciamiento entre los jóvenes y la política. La obviedad nos lleva a responder en dos direcciones no excluyentes. Por un lado, para que los partidos puedan recomponer sus relaciones con el mundo social y así aumentar sus ámbitos de influencia en la sociedad. Por otro, para que los jóvenes puedan con sus preferencias introducir en el discurso de éstos nuevos temas, nuevas dinámicas y nuevas formas de concebir y de hacer la política. Siendo ambas respuestas válidas, nuestro interés mayor se centra en aquel tipo de democracia que queremos para el país y en las formas y alcances de las relaciones que ésta sea capaz de generar entre la sociedad civil, los partidos políticos y el Estado.

En este contexto, resulta también relevante preguntar por los agentes tradicionales de socialización política y por las dimensiones del cambios que éstos han experimentado, por los mecanismos de participación política de la ciudadanía y su influencia real en los procesos de toma de decisiones, como asimismo, por los cambios estructurales y socioculturales que nuestra sociedad ha sufrido.

II.- UNA DIFÍCIL RELACIÓN ENTRE JÓVENES Y POLÍTICA

3 Alain Touraine utiliza esta expresión para referirse a la imagen que una sociedad puede tener de sí misma. Particularmente lo hace respecto de la sociedad chilena y la imagen que ésta se ha formado de sus jóvenes en un período de tiempo relativamente corto. Ver *Revista Iberoamericana de Juventud* N°1, de julio de 1996. Artículo «Juventud y democracia».

Sosteníamos más arriba que el distanciamiento entre los jóvenes y la actividad política constituye un fenómeno sociocultural nuevo en nuestro país. Sin embargo, éste no se manifiesta de manera privativa en el mundo juvenil y con justicia habría que señalar que tal fenómeno cruza transversalmente al conjunto de nuestra sociedad. Tanto jóvenes como adultos no se sienten seducidos por la política, con la única diferencia que los primeros lo expresan en el rechazo a participar de ésta a través de la no inscripción en los registros electorales y en la no incorporación a las orgánicas políticas.

En nuestro país las formas en que la ciudadanía se relacionaba y vinculaba con el sistema político se ha transformado significativamente en los últimos veinticinco años. En parte a esta transformación se debe el que hoy en día la política no constituya para las personas, independiente de su edad y de su condición socioeconómica, un instrumento que facilita la integración social, y de algún modo, de movilidad y ascenso social.

Los cambios estructurales realizados durante el gobierno de los militares a nuestra institucionalidad; la transformación del rol del Estado chileno de benefactor-empresarial a subsidiario ocurrida en igual periodo; las campañas permanentes de desprestigio ejercida en contra de los partidos, de los políticos y de la política como actividad social; las transformaciones ocurridas en el ámbito social a partir de las influencias y de las consecuencias derivadas del modelo de desarrollo económico implementado, denominado también de «Economía Social de Mercado», entre otros factores, modificaron parcialmente la *matriz sociopolítica*⁴ que caracterizó por décadas a la sociedad chilena.

Efectivamente, entre Estado, estructura político-partidaria y sociedad civil se había configurado una relación de *imbricación* que facilitaba la participación y la integración cada vez mayor de las personas al desarrollo de la sociedad. Junto con facilitar el desarrollo esta matriz generaba en los actores dinámicas de competencia y de demandas que se dirigían básicamente hacia la estructura política del Estado, en donde encontraban acogida en forma de respuestas y de las cuales se desprendían nuevas dinámicas. La política era la actividad que permitía que la matriz sociopolítica se desarrollara y que tuviera

4 Manuel Antonio Garretón en numerosos documentos de trabajo y textos utiliza este concepto para hacer referencia a la forma de articulación que surgió en Chile y en América Latina entre el Estado, el sistema político y la sociedad civil.

la capacidad de absorber y resolver las tensiones que de vez en cuando se producían, pero que no significaban necesariamente el rompimiento de ésta. Sólo con el gobierno de facto de los militares se produjo la modificación parcial de la relación de imbricación.

La actividad política en gran medida definía la conducta, las actitudes y el comportamiento de las personas en la sociedad. Esta constatación resulta fundamental como para entender las actuales tendencias de distanciamiento de las personas respecto de la política. En su sentido más clásico, ésta de manera natural era concebida y percibida como una actividad social, al igual que otras, pero que ayudaba a fundamentar la forma en que cada individuo se instalaba y se relacionaba con la realidad. Más allá de los límites de la actividad política partidaria en escasas oportunidades surgieron con cierto grado de éxito y de perdurabilidad en el tiempo expresiones socioculturales que pudiesen reemplazar la función de socialización y de integración que ésta cumplía.

La actividad política, en la práctica, constituía el centro de gravitación de la vida nacional. Los temas de la vida cotidiana y los de la vida nacional eran mirados y analizados bajo los prismas de las distintas corrientes filosófico-políticas de carácter globalizantes que competían por acceder al poder. En este contexto, los jóvenes mantenían una relación de familiaridad y cotidianeidad con la actividad política, y desde su perspectiva, contribuían a generar las imágenes y los sentidos sobre la acción colectiva de la sociedad y las imágenes, estilos y lenguajes de la acción política.⁵

Era frecuente encontrar a jóvenes militantes de partidos dirigiendo las máximas estructuras de las organizaciones especialmente estudiantes, tanto del ámbito secundario como en el universitario. Sus demandas y movilizaciones concitaban la atención y el interés de importantes sectores de la sociedad. Los partidos políticos contaban con estructuras juveniles de amplia convocatoria, inserción y presencia social a lo largo del país. En otras palabras, podemos afirmar que en las estructuras organizativas juveniles de carácter social principalmente comenzaban a fraguarse los futuros dirigentes políticos del país.

⁵ A este tipo de contribución, por cierto dinámica, Garretón denomina propiamente Cultura Política, como una forma de distinguirla del concepto tradicional que hace referencia a un conjunto de valores compartidos por una sociedad.

La familia, entendida como espacio de socialización, constituía un elemento clave en el proceso de aproximación y relación de los jóvenes con la política. Era común hallar padres que transmitieran a sus hijos sus preferencias políticas y partidarias. La familia actuaba como un espacio que facilitaba la discusión, la conversación, el diálogo, el encuentro y la construcción de nuevas formas de convivencia y de hacer comunidad; lo cual era concordante con el lugar que ésta ocupaba en la sociedad y con la relevancia e influencia de la política en el desarrollo del país.

Hoy en día se puede apreciar, en la opinión de especialistas y estudiosos de los procesos sociales, que existe una visión casi generalizada de que el escenario nacional ha sufrido importantes transformaciones y que la política ya no ejerce la misma influencia ni ocupa el status de privilegio del pasado. Los espacios de socialización política tradicionales también han cambiado. Al interior de la sociedad chilena la actividad política, como eje articulador y dinamizador de las relaciones sociales, se ha desplazado hacia otros ámbitos que no obedecen necesariamente a proyectos colectivos predefinidos ni responden a los intereses y preocupaciones de las personas. Tal vez la característica central de este desplazamiento ha sido la despolitización progresiva que se observa en la sociedad chilena, despolitización que no se refiere estrictamente a un rechazo explícito a ejercer el derecho a voto por parte de los inscritos, más bien refiere a la escasa visibilidad de procesos orientados hacia la construcción de imágenes y sentidos respecto de la acción colectiva de una sociedad.

Este cambio ha generado significativas modificaciones en la cultura política y en los agentes tradicionales de socialización política de nuestro país, cuyas consecuencias aún no se pueden dimensionar del todo, pero que innegablemente han afectado el modo y el tipo de relación que se daba entre los jóvenes y la política. Incluso, y desde una perspectiva sociológica, anteriormente la identidad juvenil se configuraba desde un mundo adulto que tendía a la heterogeneidad con un marcado sesgo de carácter político, en cambio hoy en día, la identidad juvenil preferentemente pugna por conformarse a partir de la diversidad y principalmente desde los propios jóvenes y sus particulares formas de relacionarse con la realidad. Podemos sostener que en nuestra sociedad actualmente conviven dos perspectivas respecto de cómo concebir al joven y acerca de la forma en que éste construye identidad juvenil. Una posible explicación como para

entender, desde una mirada política, la oposición que existe entre las dos imágenes que tiene Chile de su juventud, como sostiene Touraine.

III.- CAA EVIDENCIA DE LOS DATOS

Utilizaremos cuatro indicadores para dimensionar con cierta objetividad los alcances del distanciamiento producido entre los jóvenes y la política.

1.- Jóvenes inscritos en los registros electorales y jóvenes afiliados a los partidos políticos

Como señaláramos más arriba, la no inscripción de los jóvenes en los registros electorales es una tendencia que se evidencia desde el año 1988. Efectivamente, y a partir de información proporcionada por el Servicio Electoral, para el plebiscito de 1988 el total de inscritos a nivel nacional ascendía a 7.435.913, de los cuales 1.573.439 correspondían al grupo etáreo 18-24 años, representando en términos porcentuales al 21,16% del total de inscritos.

Si bien para el plebiscito de 1989, transcurridos sólo nueve meses del plebiscito anterior, el total de inscritos a nivel nacional aumentó, y frente a una contienda electoral que no exigía mayor esfuerzo dado el nivel de acuerdo político alcanzado para reformar algunos artículos de la Constitución Política, el número de jóvenes correspondiente al grupo etáreo 18-24 años disminuyó. En 1989 el total de inscritos alcanzó a 7.556.613, de los cuales 1.474.295 eran jóvenes, representando porcentualmente el 19,51%.

Cuatro y medio meses después, para las elecciones presidenciales y parlamentarias del mismo año, el número de inscritos aumentó levemente, pero el número de jóvenes registró una disminución superior a un punto. Para la elección de 1989 los inscritos alcanzaron un total de 7.557.537, siendo 1.380.762 jóvenes de entre 18 y 24 años, representando a nivel nacional un porcentaje de 18,27%.

Dos años y medio después, para las elecciones municipales de 1992 el porcentaje de jóvenes inscritos continuó disminuyendo aunque el porcentaje total nacional mantuvo su tendencia a aumentar. El Servicio Electoral para la elección municipal registró un total de 7.840.008 inscritos, de los cuales 1.166.593 correspondió al grupo de entre 18 y 24 años, representando esta vez sólo al 14,88% del total.

Para las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1993, es decir, luego de transcurrido un año y medio, el número de inscritos a nivel nacional ascendió a la cantidad de 8.085.439, de los cuales los inscritos de entre 18 y 24 años alcanzó a 1.132.770, cuya representación porcentual disminuyó al 14,01% del total.

Por último, para las elecciones municipales de 1996, casi tres años después, el total de inscritos disminuyó a 8.073.368 personas, y los inscritos de entre 18 y los 24 años correspondió a 737.098, representando un porcentaje de 9,13% del total.

Una posible explicación al fenómeno de distanciamiento de los jóvenes respecto de la política entre 1988 y 1996 la podemos encontrar en Cuevas.⁶ Deduce de ciertos datos que el interés y la motivación de los jóvenes por inscribirse en los registros electorales entre 1988 y 1989 estuvo determinado por una suerte de decisión nacional histórica: dictadura o democracia. Mientras que desde 1990 en adelante el interés y la motivación por hacerlo ha estado enmarcado en un contexto de aparente resolución de las grandes disyuntivas y de una escasa capacidad para movilizar la disputa política.

Para ilustrar lo sostenido veamos lo que señala la encuesta sobre juventud y política de 1996.⁷ De los jóvenes entrevistados el 64,46% se encontraba inscrito, mientras que el 34,82% no lo había hecho. Al preguntar a los no inscritos si pensaban hacerlo, el 29,62% señaló que sí; el 37,71 dijo que no lo haría; el 21,78% no respondió y sólo el 8,89% no sabía si lo haría. Por el porcentaje de los jóvenes que no respondió, lo más probable es que aumente el porcentaje de los no inscritos, llegando a superar el 40%.

Consultados por las razones que motivan su decisión a no inscribirse, el 47,99% señala que porque «no me interesa»; el 12,65% porque «es inútil»; el 10,82% porque «no tengo tiempo»; el 6,10% por «otras razones» y el 22,43% no responde. La falta de interés y la poca utilidad que prestaría el estar inscritos concentran el 60,64% de las respuestas. Incluso, cuando a los inscritos se les pregunta que si tuvieran que inscribirse de nuevo acudirían a hacerlo, el 52,34%

6 Ver artículo «La participación política juvenil», presentado por Cuevas al «Taller de Análisis sobre Políticas de Juventud», organizado por el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, cuyo informe fue editado en diciembre de 1993.

7 Encuesta realizada por el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile a encargo del Instituto Nacional de la Juventud para ser aplicada a jóvenes de Santiago, de ambos sexos y del grupo etáreo 15 a 35 años.

responde sí; el 37,29% responde de manera negativa, el 4,98% no sabe y el 5,39% no responde.

Habría que agregar que también ha colaborado el marco de restricciones que la institucionalidad heredada del régimen militar le ha impuesto al accionar de los partidos, de sus dirigentes y de las autoridades gubernamentales. El *consenso* respecto de temas de interés nacional le ha restado dinamismo y criticidad a la disputa política, lo cual ha contribuido a deteriorar la imagen, el sentido y la utilidad de la actividad política.

Por otro lado, el interés de los jóvenes por la política se puede medir también por la cantidad que participa de los partidos como afiliados,⁸ aunque hay que señalar que el estar inscrito no significa necesariamente participar de la política, pero que sí denota una cierta intención de hacerlo. A partir de los datos suministrados por el Servicio Electoral, podemos apreciar que los partidos políticos legalmente inscritos presentan un porcentaje significativo de afiliados que se encuentran en el tramo etéreo 18 a 29 años. El Servicio no considera a los jóvenes menores de 18 años dado que legalmente aún no adquieren su condición de ciudadanos mayores de edad ante la ley y por lo tanto con ciertas responsabilidades civiles, por ejemplo, ser legalmente miembro de un partido político.

Obviando esta limitación legal, en la práctica los partidos cuentan en sus filas con militantes menores de 18 años, que ocupan cargos dirigenciales en sus estructuras partidarias o ejercen algún grado de representación de éstos en algunas organizaciones sociales juveniles.

El Partido Alianza Humanista Verde (PAHV), del total de sus militantes, el 33,39% se encuentra en el tramo etéreo 18 a 29 años, y es el partido que cuenta con el mayor número de afiliados jóvenes. El Partido Socialista de Chile (PS) cuenta con un porcentaje del 23,67% de jóvenes en su estructura en relación total de afiliados. El Partido Por la Democracia (PPD) presenta un porcentaje del 23,60%. El Partido Comunista de Chile (PC) cuenta con un número de afiliados jóvenes que representa al 23,54%. El Partido Unión Demócrata Independiente (UDI) un porcentaje del 19,37%. El Partido Unión de Centro Centro Progresista (UCCP) un 19,24%. El Partido Demócrata

8 El Servicio Electoral denomina *Afiliado* a quien firma la ficha de afiliación a un partido determinado. Sin embargo, ello no significa que participen activamente de las actividades partidarias. Para los que lo hacen usaremos el concepto de *Militante*.

Cristiano (PDC) un porcentaje del 16,44%. El Partido Renovación Nacional (RN) posee un 15,58% de afiliados jóvenes. Finalmente, el Partido Radical Social Demócrata (PRSD) cuenta con un porcentaje del 13,62% de afiliados jóvenes.⁹

Si bien se puede apreciar que en algunos partidos políticos existe un gran porcentaje de jóvenes afiliados, que de algún modo demuestran un cierto tipo de interés por la política, habría que insistir en algunas constataciones. Un porcentaje no despreciable de jóvenes se inscribe respondiendo a la petición de algún familiar, amigo o como simple adherente para cumplir con el requisito de reunir el porcentaje mínimo de afiliados solicitado por la Ley de Partidos Políticos para existir como tal. El que los partidos cuenten con orgánicas juveniles no significa que los jóvenes militantes ejerzan gran influencia sobre los temas partidarios y sobre las decisiones políticas que el partido tome respecto de los temas nacionales. Normalmente se les suele restringir (orgánicas juveniles) sólo a temas de carácter juvenil y cuando los estatutos internos establecen la participación de éstas en los órganos y en las instancias de decisión partidarios, su número es notoriamente menor en comparación con la participación que realizan los adultos.

Una posible conclusión que podría extraerse de las situaciones descritas sería que los jóvenes no verían atractivo el incorporarse a los partidos para participar de su vida interna e intentar modificar ciertas prácticas y discursos; por el contrario, más bien la opinión parece ser más radical, los partidos políticos como espacios de participación política no servirían para canalizar y representar los intereses de los jóvenes. En otras palabras, y coincidiendo con Cortés, «la política no concita un imaginario colectivo por el cual valga la pena involucrarse y comprometer esfuerzos personales».¹⁰

2.- Participación de los jóvenes en tipos de organizaciones

Una forma de apreciar los niveles de participación de los jóvenes en los partidos políticos es comparándola con la participación que ejercen en otro tipo de organizaciones. Los resultados pueden

9 Los porcentajes fueron extraídos del Informe «Partidos políticos» del Servicio Electoral, correspondiente a septiembre de 1994.

10 Ver artículo «La relación entre jóvenes y política: Cuando no hay que confundir lejanía con desinterés». En: *Políticas nacionales de juventud en Chile*. Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1993, p. 63.

ayudar a dimensionar y a entender con cierta objetividad el fenómeno de pérdida de centralidad de la política en la vida cotidiana de los jóvenes y como las motivaciones por participar se han trasladado hacia otros ámbitos de interés.

Según los datos proporcionados por la «Primera Encuesta Nacional de Juventud» de 1994,¹¹ podemos señalar que casi el 50% de los encuestados declara no participar en grupos organizados. Del tipo de organizaciones en las que participan los jóvenes los clubes deportivos alcanzan el mayor porcentaje (23,8%); luego los grupos de parroquia o templo con un 12,0%; en tercer lugar las organizaciones estudiantiles con un 7,60%; los centros de padres o apoderados y los centros juveniles con un 6,80%; las juntas de vecinos con el 3,80%; las cooperativas (viviendas u otras) con un 3,70%; las organizaciones profesionales con un 2,80%; los Sindicatos con el 2,50%; los Scouts con un 2,40%; las organizaciones empresariales y los partidos políticos con el 2,10%; los centros de madres con el 1,00%; y con el 1,60% otro tipo de organización.

En 1996 se realiza la encuesta sobre juventud y política,¹² cuyos datos al compararlos con los de la Primera Encuesta Nacional de Juventud, en lo relativo a la participación de los jóvenes en organizaciones, permiten demostrar una cierta similitud entre ellos. En dos años se ha producido una escasa variación en el porcentaje de jóvenes que señala participar en algún tipo de organización.

De hecho, en la encuesta sobre juventud y política el 55,92% de los jóvenes encuestados señala que no participa en organización alguna; lo cual evidencia un aumento en comparación a 1994. Ahora bien, de las organizaciones en las que participan el 44,08% restante, el 15,90% lo hace en organizaciones del tipo clubes deportivos; el 10,73% en grupos de iglesia; el 4,25% en los boys scouts; un 3,94% participa de juntas de vecinos y/o centros de madres; el 3,54% lo hace en organizaciones de beneficencia; el 2,78% en sindicatos; el 2,59%

11 Los datos pertenecen a la encuesta que aplicó Adimark a jóvenes de distintas regiones del país a encargo del Instituto Nacional de la Juventud y que éste luego analizó a través de un cruce multivariado.

12 Esta encuesta es aplicada por el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile a encargo del Instituto Nacional de la Juventud, sobre una población juvenil que cubre el tramo etáreo 15 a 35 años. Se prolonga de 29 a 35 años el tramo etáreo para identificar los cambios experimentados por la generación que durante los años ochenta se movilizó por recuperar la democracia para Chile.

en clubes, organizaciones sociales y/o colonias; el 2,27% en partidos políticos y el 0,78% en organizaciones del tipo gremios.

Claramente podemos apreciar que el porcentaje de jóvenes que participa en los partidos políticos no ha variado sustancialmente. Del 2,10% registrado en 1994 se ha pasado al 2,27% en 1996, reflejando la prevalencia del fenómeno de distanciamiento de los jóvenes respecto de la política. Lo mismo ocurre con los clubes deportivos y los grupos de iglesia como espacios que concitan un mayor interés juvenil por participar.

Aventurando una posible explicación a la falta de interés de los jóvenes por participar de los partidos políticos, podríamos señalar que las organizaciones por las que muestran mayor preferencia representarían ámbitos que en términos normativos, vale decir, reglas, procedimientos, responsabilidades, etc., constituirían espacios más flexibles y dinámicos a través de los cuales se desarrollarían nuevas modalidades de integración o relación con la comunidad y la sociedad. Como sostiene Reinoso, «la comprensión de esta dimensión de la participación juvenil permite también acercarse a modalidades de interacción real y simbólicas con el mundo social y sus pares».¹³

Por otro lado, también podríamos sostener que los clubes deportivos y los grupos de iglesias, en tanto espacios de participación para los jóvenes, parecen estar más vinculados al uso del tiempo libre que a un tipo de participación comprometida con una cierta visión colectiva de sociedad.

Sin embargo, tras las cifras entregadas subyace un aspecto que en mi opinión cada cierto tiempo emerge con gran preocupación e interés cuando nos preguntamos por el tema de la participación política y el futuro de la democracia. Y es que a pesar de la diversificación que han experimentado los espacios de participación juvenil en relación a los tradicionales, es mayor el porcentaje de jóvenes que no participa en organización alguna que el de los que sí lo hace, y esto a pesar de la opinión de algunos que sostienen que en una democracia no se justifica que participen todos, que ello es natural en un sistema democrático porque siempre habrá quienes no se interesen en participar.

Me parece que el tema es otro. Reconociendo que siempre habrá quienes no se interesen en participar, la preocupación surge

13 Ver artículo «Jóvenes de los 90: Datos de un mosaico en busca de un sujeto social». En: *Primer informe nacional de juventud*. Instituto Nacional de la Juventud, Santiago, 1994, p. 61.

cuando los partidos políticos, elementos esenciales en todo sistema político, no son capaces de promover en los jóvenes la adhesión hacia el sistema democrático y desarrollar en ellos los valores de la libertad, la tolerancia, el pluralismo y el respeto a los derechos más esenciales de las personas.

3.- La opinión de los jóvenes respecto de la política

La opinión de los jóvenes sobre la política y aspectos ligados a ella es otro de los indicadores que puede servir para dimensionar el distanciamiento producido en los últimos años. Aunque parezca una perogrullada, una opinión es eso, una opinión; y como tal puede variar conforme su emisor modifique su percepción y valoración sobre el contenido que la sustenta.

La opinión, como *elemento* consustancial de una comunicación efectiva, involucra a dos ámbitos del sujeto que la emite. Por un lado, la forma en que éste percibe o recibe información relativa a un determinado fenómeno, y por otro, a la valoración personal que el mismo sujeto realiza o le asigna a la información percibida o recibida para formarse una opinión y luego emitirla. Como se señaló, en el tiempo una opinión puede sufrir diversas modificaciones derivadas del interés o no que despierte en un sujeto un determinado fenómeno o de la forma en que le afecta en el desarrollo de su vida cotidiana. Sin embargo, cuando ésta prevalece casi inalterable en un período de tiempo, entonces podríamos estar frente a un juicio, cuya fundamentación y formulación estarían comprometiendo aspectos significativos de la personalidad del sujeto que lo emite.

De ahí que adquiera relevancia la opinión que los jóvenes tengan de la política y de aquellos aspectos ligados a ella, pues sus opiniones estarían reflejando la influencia o no que ejerce la política en sus vidas cotidianas y cómo les estaría afectando sus posibilidades de desarrollo futuro. Con ella también se estaría emitiendo un cierto juicio de valor sobre la utilidad de la política, el interés en la política, sobre los partidos y sobre los políticos que son en definitiva los que con sus conductas legitiman o no a la política como una actividad social importante.

Las encuestas que se han realizado sobre la temática de los jóvenes y la política pueden suministrar información útil para dar respuesta a las interrogantes que surgen sobre el tema.

Acercas de la finalidad de la política, en 1994 los jóvenes fueron consultados a través de una encuesta que aplicó Adimark en las regiones del país.¹⁴ Frente a algunas afirmaciones los jóvenes respondieron en un 41,7% que la finalidad de la política es «lograr el desarrollo económico»; en un porcentaje del 24,8% «mantener el orden y la seguridad en las personas»; en un 21,0% «disminuir las desigualdades sociales y la pobreza»; en un 6,10% «garantizar el derecho a la justicia»; un 4,40% «asegurar la libertad y el sistema democrático»; en un 0,70% «favorecer el desarrollo de las comunas»; un 0,50% «garantizar el equilibrio ecológico»; en un 0,10% «lograr la felicidad de la gente» y sólo en un 0,60% no contesta.

De los datos se puede deducir que para los jóvenes la política es percibida como un instrumento que puede ayudar a resolver problemas de la vida individual. Efectivamente, las tres primeras afirmaciones acerca de la finalidad de la política refieren a temáticas que pueden ser ubicadas en el ámbito del interés personal (trabajo, seguridad y oportunidades), lo cual estaría dando cuenta del cambio señalado en relación a la opinión de las generaciones precedentes. Se observa con mayor claridad que sólo un porcentaje menor refiere su opinión a considerar a la política como una actividad que asegura la libertad y el sistema democrático o lograr la felicidad de la gente.

Por otro lado, y a partir de lo señalado se podría afirmar entonces que los jóvenes no expresan un mayor interés por la política, y al parecer ello es así. En 1996 se aplicó a los jóvenes la encuesta juventud y política, y frente a la solicitud de que calificaran su interés por la política, los resultados fueron de un 5,87% como «muy interesado»; un 34,47% como «interesado, pero no mucho»; un 32,78% como «desinteresado»; un 24,87% como «muy desinteresado»; un 1,12% no sabe y sólo el 0,89% no respondió.

Lo significativo es que un porcentaje muy mínimo (2,01%) o no sabe o no responde, mientras que el 97,99% de los jóvenes encuestados manifiesta con claridad una opinión de interés o desinterés por la política. Ahora bien, en términos comparativos, sólo el 40,34% de los jóvenes se declara interesado por la vida política frente al 57,65% de aquellos que declaran no manifestar ningún interés.

14 Ver «Primera Encuesta Nacional de Juventud» y análisis de cruce multivariado realizado por el Instituto Nacional de la Juventud.

El 40,34%, que no es un porcentaje despreciable, no se compadece con los escasos índices de participación que se aprecian en la organizaciones políticas y con el desinterés por inscribirse en los registros electorales. Como sostiene Cortés, no se trata de desinterés, más bien podemos constatar desde las cifras un distanciamiento, una indiferencia y una opinión negativa de los jóvenes respecto de la política. Ello puede explicarse porque tal vez los jóvenes «están entendiendo la política como aquel ámbito en que se discute y resuelve la agenda histórica de una sociedad pero de ello no se desprende que manifiesten aprecio por la actividad política tal como la perciben ni por los actores políticos tal como se conducen». ¹⁵

Progresivamente entre los jóvenes aumentan las opiniones contrarias hacia los partidos políticos. El 1991 una encuesta ¹⁶ indicó que el 55,5% de los jóvenes entrevistados señalaba que los partidos políticos «sólo se interesan en ganar votos y no en las personas» o que el 59,5% de los encuestados opinaba que «los partidos políticos sólo dividen». Existiría entre los jóvenes una percepción sobre los partidos que se basaría en dos supuestos, el introducir mediante sus propuestas dinámicas divisionistas al interior de la sociedad y tener una conducta utilitarista hacia las personas, la que se reflejaría en los esfuerzos por obtener sólo la adhesión o el voto.

Esta opinión parece agudizarse en 1994. La «Primera Encuesta Nacional de Juventud» ¹⁷ constata tal tendencia en la opinión de los jóvenes sobre los partidos al pronunciarse sobre algunas afirmaciones. Acerca de la afirmación que sostiene que «los partidos políticos aseguran la democracia», el 34% de los encuestados señala que están de acuerdo, mientras que el 55,7% está en desacuerdo. En cuanto a la afirmación «a los jóvenes no les interesan los partidos políticos», el 53,5% dice estar de acuerdo en contraposición al 39,8% que señala estar en desacuerdo. Y en relación a la afirmación «los partidos políticos representan mis problemas e inquietudes», sólo el

15 Ver artículo «La relación entre jóvenes y política: Cuando no hay que confundir lejanía con desinterés». En: *Políticas nacionales de juventud en Chile*. Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1993, p. 63.

16 Ver «Encuesta Instituto Nacional de la Juventud-ALEHP, Gran Santiago». Diciembre de 1991.

17 Acudir a datos obtenidos del cruce multivariado realizado por el Instituto Nacional de la Juventud a partir de la información entregada por la «Primera Encuesta Nacional de Juventud» aplicada a jóvenes de distintas regiones del país.

16,3% indica estar de acuerdo mientras que un 76,7% señala lo contrario.

Los jóvenes no se interesan por los partidos políticos. Esta constatación junto con ser categórica contiene aspectos preocupantes si se considera que sobre el 50% de los jóvenes encuestados consideran además que tampoco aseguran el sistema democrático. Cabe entonces plantearse la pregunta acerca de si no son los partidos, ¿quiénes asegurarían la existencia y desarrollo del sistema democrático para los jóvenes? El tema tiende a complejizarse más si nos detenemos a observar que la misma encuesta frente a la pregunta por el grado de confianza hacia instituciones o personas señalan que los partidos políticos sólo logran concitar mucha confianza en un porcentaje de 1,8%, algo de confianza en un 28,6% y nada de confianza en un 69,1%. No es un detalle que los partidos se ubiquen muy por debajo de la Iglesia (39%), de Carabineros (22,4%), de la radio (21,3%), de Investigaciones (19%), de los diarios (18,5%) y de las Fuerzas Armadas (17,7%).

Los partidos políticos no generan la suficiente confianza en los jóvenes y tampoco logran interpretarlos adecuadamente. La encuesta sobre juventud y política señala que el 67,39% de los entrevistados no se sienten interpretados por los partidos políticos, mientras que el 23,68% indica que sí. Resulta interesante destacar que frente a esta interrogante los jóvenes manifiestan una opinión definida sobre los partidos, pues sólo el 5,93% no sabe o no responde.

Las razones que los jóvenes entregan por las cuales no se sienten interpretados por los partidos políticos refieren a que «la política no me interesa» en un 31,35%; «los políticos sólo ven sus intereses» con un 28,68%; «ninguno me representa» con un porcentaje del 16,75%; «son todos iguales» con el 8,11% de los entrevistados; «otras respuestas» con el 3,63% y «no responde» con un 11,48%.

Según diversos autores y estudiosos, una función propia de los partidos políticos en una sociedad es aquella que persigue articular y agregar intereses, es decir, proporcionar a las personas visiones integradas de la sociedad, formular programas que difunden y ofrecen al electorado y postular a militantes de sus filas como candidatos para dirigir desde el gobierno al conjunto de la sociedad. Desde esta mirada, pareciera que para los jóvenes chilenos esta función no se estuviera cumpliendo y por ello se estarían mostrando distantes e indiferentes. Sin embargo, en términos generales son tres las posibles razones de tal distanciamiento e indiferencia. En primer lugar, una

creciente despolitización de la sociedad como consecuencia de la distensión ideológica producida a partir de la caída del muro de Berlín y de la desarticulación de la Ex Unión Soviética. En segundo lugar, las profundas transformaciones producidas en la sociedad chilena y la incapacidad de los partidos para adecuarse a ellas. Y en tercer lugar, el cambio de la cultura política y el surgimiento de una nueva cultura juvenil que demanda hacia el sistema político respuestas que tiendan a satisfacer necesidades más particulares y más cotidianas.

Desde una perspectiva politológica los partidos políticos son instituciones esenciales, pero no únicas, para el funcionamiento y desarrollo de un sistema democrático. La conducta de sus miembros constituye un elemento clave para fortalecer y consolidar sus estructuras y para legitimarse en la sociedad. En nuestro caso, el descrédito por el que atraviesan los políticos no significa necesariamente un deterioro del sistema, por lo menos hasta ahora.

No se puede desconocer que los jóvenes son los más críticos a la conducta y comportamiento de los políticos. De hecho, en 1989 el 54,8% de los encuestados¹⁸ coincidía en la afirmación «los políticos no se preocupan de lo que piensa la gente común»; porcentaje que se ve incrementado significativamente en 1992 cuando asciende a 71,5%. Dos años más tarde ante la afirmación «los políticos tienen poca preocupación por los jóvenes»,¹⁹ el 64,6% de los jóvenes encuestados dice estar de acuerdo; el 29,2% señalan estar en desacuerdo y sólo el 5,9% dice no saber. En otra pregunta de la misma encuesta en la que se interroga por la confianza que suscitan entre los jóvenes algunas instituciones o personas, los senadores y los diputados gozan de un 2,8% de mucha confianza; de un 38,4% de algo de confianza y de un 58,5% de nada de confianza.

Si relacionamos los datos de las dos encuestas anteriores con los que entrega la encuesta sobre juventud y política de 1996, podremos apreciar que una de las principales razones que ha venido produciendo el distanciamiento de los jóvenes respecto de los partidos es la opinión casi generalizada entre éstos de que «los políticos sólo

18 Cifras extraídas del artículo «La relación entre jóvenes y política: Cuando no hay que confundir lejanía con desinterés», de Flavio Cortés. En: *Políticas nacionales de juventud en Chile*. Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, Santiago, 1993.

19 Afirmación correspondiente a la «Primera Encuesta Nacional de Juventud» y su posterior análisis multivariado realizado por el Instituto Nacional de la Juventud, 1994.

ven sus intereses», afirmación que concita el 28,68% de las respuestas. Cabe entonces reflexionar en torno al por qué si desde hace casi siete años entre los jóvenes se mantiene la misma opinión negativa hacia los políticos éstos no hayan realizado prácticamente nada para revertir en algo tal opinión, y que por el contrario, recurran a la externalización y traslado de su responsabilidad personal hacia los jóvenes, calificándolos de apáticos y de desinteresados por los asuntos públicos.

4.- La participación política de los jóvenes

La participación política constituye uno de los ejercicios ciudadanos fundamentales en todo sistema político que se considere democrático. La participación política de los ciudadanos otorga y renueva periódicamente la legitimidad al sistema y le asigna validez a las decisiones que las autoridades representativas toman en base a la articulación de sus intereses particulares con los del conjunto de la sociedad o bien común. Permite ligar de manera relativamente regular y responsable a la ciudadanía con las autoridades que dirigen el sistema, incorporando la mejor de las veces elementos rectificadores y/o facilitadores para un adecuado ejercicio del poder.

Existen diversas definiciones sobre la participación de los ciudadanos dentro de un sistema político. Algunas se centran en aspectos valóricos, otras en los procedimientos, algunas en las normas que deberían regir la participación, otras en la cantidad y/o calidad de los potenciales participantes. Sin embargo, en un número no despreciable de autores parece existir un consenso de carácter práctico acerca de entender y definir la participación básicamente a través del ejercicio cívico de votar que realiza la ciudadanía cada cierto tiempo. En otras palabras, participar sería votar.

En términos más teóricos que prácticos, es cierto que la democracia moderna es representativa, que los ciudadanos delegan el poder en otros para que gobiernen la sociedad, que las autoridades se renuevan con cierta periodicidad y que existen ciertas regulaciones ético-normativas que limitan el surgimiento de conductas y comportamientos contrarios al interés común. Pero, ¿qué ocurre con la participación de la ciudadanía entre una votación y otra? y ¿a qué ámbitos se reduce para la ciudadanía la participación? y ¿mediante qué mecanismos se puede ejercer presión o influencia en las

autoridades para que consideren en sus decisiones las opiniones y propuestas ciudadanas?

Estas preguntas aunque parezcan obvias son necesarias de considerar cuando estamos hablando, en el caso de nuestro país, de la participación política de los jóvenes, de sus opiniones y juicios frente a la política y de las reacciones de los políticos y del sistema ante la evidente crisis que afecta a la participación, en un contexto de sociedad en transición y en construcción de un nuevo orden democrático.

Una sociedad que transita desde un orden autoritario a uno de carácter democrático, el que por años restringió y desprestigió a la actividad político, que promovió patrones de conductas sociales autoritarias, que a través de diversa formas intentó disciplinar a la sociedad y en particular a los jóvenes y que además estimuló permanentemente el desarrollo de un tipo de esfuerzo individual considerado como un elemento clave para alcanzar el éxito y el progreso; se encuentra con fenómenos que para los jóvenes refieren, entre otros aspectos, al desdibujamiento de las imágenes existentes sobre la autoridad, a la pérdida de sentido de las formas tradicionales de construcción de comunidad, a la modificación de los códigos y símbolos del lenguaje político y a las formas de relación e interacción de los actores de una sociedad con el sistema político.

Estos fenómenos sin duda que intervienen en los jóvenes y de algún modo determinan su accionar frente al sistema. Particularmente de aquellos jóvenes que se encuentran entre el tramo etéreo que va desde los 17 a los 20 años, tramo que además coincide con la edad de aquellos jóvenes que expresan un mayor nivel de despolitización, de crítica y distanciamiento respecto de la política.

Al parecer nos encontramos frente al surgimiento de una nueva cultura juvenil que desbordaría lo estrictamente político y que se estaría ampliando hacia otras esferas de interés en una sociedad,²⁰ y que no estaría basada en el conflicto intergeneracional que caracterizó a nuestra sociedad por generaciones. El conflicto intergeneracional de enfrentamiento o de cooperación se daba al interior de la sociedad y frente a problemáticas históricas compartidas por todos, discrepando casi exclusivamente en las alternativas propuestas para solucionarlas.

20 Manuel Antonio Garretón desarrolla suficientemente este tema en su texto *La faz sumergida del iceberg: Estudios sobre la transformación cultural*. CESOC-LOM Ediciones, Santiago, 1993; y lo analiza en el contexto de los cambios culturales ocurridos en nuestro país y que han afectado a la familia.

Hoy en día el *conflicto* —si es que podemos hablar propiamente de conflicto— es distinto pues hace referencia más bien a un distanciamiento entre dos mundos diferentes que a un *enfrentamiento* entre dos posturas distintas. Esta situación es nueva en nuestro país y como tal estaría señalando el surgimiento de un fenómeno de construcción de una nueva cultura juvenil, y por lo tanto, de nuevas formas de organicidad juvenil y de nuevas maneras de relacionarse con la sociedad.

Por otro lado, el desarrollo de un joven, desde una mirada integral e integradora, puede entenderse desde tres ámbitos. El primero, desde una perspectiva biológica y sus respectivos procesos de cambios físicos que experimenta. El segundo, considerando la dimensión psicológica y los procesos de consolidación de la personalidad e identidad. Y el tercero, desde una óptica sociológica y sus respectivas dinámicas de relacionamiento con la sociedad y la natural asunción de roles dentro de ella, entre las cuales destaca el rol de ciudadano con derecho a participar de las actividades políticas.

En consecuencia, para entender adecuadamente el fenómeno de despolitización de los jóvenes, habría que hacerlo relacionando el proceso de transición que vive la sociedad chilena y todos sus efectos tanto deseados como no deseados, con los procesos de cambios que experimentan de manera natural los jóvenes, en especial de aquellos que se ubican entre los 17 y los 20 años. Esto es correspondiente con lo señalado por Parker cuando sostiene que el joven actualmente puede redefinirse como aquel sujeto que «pugna por definir su identidad en un marco de identidades societales en crisis».²¹

En este contexto de transición y cambio, cabe mencionar que la atención principalmente se ha centrado en ciertas exigencias implícitas que realizan los actores políticos a los jóvenes respecto de determinados comportamientos y conductas que debiesen desarrollar hacia el sistema y hacia la política. Para el análisis adecuado del tema se requiere de un cambio de atención, éste debiese situarse más bien en la pregunta de si el sistema y sus actores políticos están o no contribuyendo a la formación cívica de los jóvenes, a la promoción de valores democráticos y al desarrollo de la ciudadanía juvenil.

En la medida que se avance en la respuesta a ésta y a otras interrogantes se le estará asignando una mayor relevancia, significado

21 Ver artículo «Juventud y transición». En Parker, Cristián y Pablo Salvat (compiladores): *Formación cívico-política de la juventud. Desafíos para la democracia*. La Producciones del Ornitorrinco, Santiago, 1992, p. 35.

y sentido al tema de la participación política. Por ahora, podemos señalar someramente cuatro aspectos que pueden estar influyendo en el distanciamiento de los jóvenes respecto de la política y su escasa participación.

La desconfianza en los partidos y en los políticos. La desconfianza adviene principalmente por la ausencia de correspondencia entre intereses partidarios e intereses juveniles, el discurso de los partidos no incorpora debidamente las demandas, necesidades e intereses heterogéneos existentes en el mundo de los jóvenes. Por el contrario, la prevalencia de *una cultura partidaria anquilosada*, por un lado, y las restricciones institucionales que limitan el ejercicio de la democracia, por otro, hace que los partidos tiendan a descuidar su vinculación y relación con la base social juvenil y sus demandas.

El lenguaje utilizado por los políticos en la práctica ha actuado como un elemento disociador y distanciador. Esto encuentra su explicación en los crecientes niveles de profesionalización y tecnificación de la actividad política, cuyo lenguaje expresa y denota conceptos la mayor de las veces ininteligibles para un joven o que simplemente demanda contar con algún tipo de información y/o formación previa, la que claramente en las nuevas generaciones parece no existir. Otro aspecto del lenguaje de los políticos refiere a que todavía utilizan conceptualizaciones y categorías discursivas de fuerte influencia ideológica, no incorporando la variedad de un *lenguaje juvenil* más rico y dinámico.

La elitización de los partidos políticos. En las democracias contemporáneas los partidos han tenido que profesionalizarse y tecnificarse para poder opinar y actuar en sociedades y comunidades cada vez más complejas e interrelacionadas. Ello ha generado una tendencia a la elitización de la actividad política y por ende de los políticos. El supuesto señala que ejerce mayor influencia aquel que se encuentra más informado y capacitado respecto de un determinado tema. Los procesos de elitización siempre se han orientado hacia la constitución de agrupamientos herméticos y semidesvinculados de los distintos actores que conforman una determinada sociedad.

La exigencia de institucionalización de las organizaciones sociales juveniles. A diferencia de décadas anteriores, hoy en día los jóvenes han desarrollado nuevas formas de agrupamiento en las cuales el tema de los liderazgos, las normas, los procedimientos, los discursos cohesionadores son más dinámicos y dúctiles. Podríamos

sostener que esta forma de organización es coherente con los procesos de construcción de identidad juvenil. La sociedad, sin embargo, les exige que se institucionalicen para así reconocerlas, aceptarlas y favorecer su participación.

5.- Comentarios finales

Es innegable que la participación política de los jóvenes constituye actualmente uno de los principales temas de análisis y de debate entre diversos actores del quehacer nacional. El punto de interés de cada uno de ellos variará según los intereses y objetivos que hayan motivado su reflexión. En este caso, el interés ha estado centrado principalmente en el intento por develar la magnitud de las transformaciones que se han producido en nuestra sociedad y en su cultura política, en como tales transformaciones ha impulsado el surgimiento de una nueva cultura juvenil, en como esta nueva cultura manifiesta opiniones, actitudes y conductas de distanciamiento respecto de la política y en como este fenómeno, al no ser percibido y entendido por los actores políticos del sistema, genera consecuencias que impiden el surgimiento de una ciudadanía juvenil que pueda fortalecer al sistema democrático.

El fenómeno de despolitización que vive la sociedad chilena no es de vaciamiento del significado y sentido que contiene el concepto política. Se trataría del desplazamiento progresivo de las visiones partidarias respecto de los asuntos públicos. Particularmente para los jóvenes la política tiende a situarse en ámbitos mucho más amplios y diversos que las restringidas y anquilosadas miradas que entregan los partidos políticos. Temáticas que tradicionalmente fueron concebidas como carentes de significados y alcances políticos hoy para los jóvenes forman parte de un nuevo imaginario político, no necesariamente ligado a un tipo particular de ideario doctrinario o a alguna matriz de carácter ideológica.

El desplazamiento de la política partidaria en una sociedad trae como consecuencia el cuestionamiento a los partidos políticos como entidades representativas de sectores sociales que articulan y agregan intereses. Su cuestionamiento además plantea el tema de la sustentabilidad del sistema político, que no es otra cosa que preguntarse por el futuro de la democracia y por el tipo de ciudadanos que aspiramos a que se desarrollen.

El alejamiento y desconfianza que manifiestan los jóvenes respecto de los partidos políticos no ha hecho más que poner en evidencia la crisis de representatividad por la que éstos atraviesan. En el mejor de los casos, los partidos políticos han tenido cambios de carácter estético, sin afectar sustancialmente sus formas de concebir y de hacer la política. Han sido incapaces para adecuarse a los cambios producidos en la sociedad chilena y de incorporar en sus discursos los temas relacionados con las libertades culturales normalmente impulsados o acogidos por los jóvenes. Si los partidos cada vez representan menos los intereses de los jóvenes, hablar de interpretarlos aparece simplemente como un absurdo.

El desplazamiento de la cultura política partidista ha posibilitado el surgimiento de una nueva cultura juvenil que tiende a dimensionar y a situar a la política en una escala de valores distinta a la de generaciones precedentes. La política ya no es la actividad social exclusiva en torno a la cual se construye y desarrolla la identidad de los jóvenes. En una sociedad cada vez más diversa y compleja, que tiende a reservar el éxito y el progreso a unos pocos y que excluye por la vía de la discriminación, se han desarrollado dinámicas y procesos sociales que han ido configurando un tipo de sujeto social que progresivamente reclama su derecho a ser diferente y a ser respetado en esa diferencia.

Por otro lado, los agentes tradicionales de socialización política también han experimentado profundos cambios. La familia ha ido perdiendo el sitio que antaño ocupó en el proceso de formación, acercamiento y de relación de los jóvenes con la política. Algo similar ha ocurrido con la escuela, el lugar de trabajo, la comunidad y el grupo de amigos. Los medios de comunicación constituyen en la actualidad los instrumentos privilegiados mediante los cuales los jóvenes se informan, se enteran y conocen de política. Este aspecto es particularmente delicado dado que el informar periodístico no necesariamente va acompañado del formar en los valores de la democracia y del respeto a los derechos de las personas. El informar tampoco implica conversar y dialogar sobre la materia sobre la cual se informa.

El sistema político y los partidos políticos tienen una responsabilidad directa en la formación cívica de los jóvenes. Ello implica modificar actitudes, estilos, formas y lenguajes en beneficio de su propio fortalecimiento y en el de los sujetos que se integrarán,

contribuyendo al reconocimiento y aceptación de un sujeto social que podría transformarse en actor social.

La participación política de los jóvenes, en tanto ejercicio de involucramiento, discusión y decisión respecto de los asuntos públicos, sea por vía directa o representativa, debiera contribuir a desarrollar la ciudadanía juvenil no sólo para fortalecer, consolidar y perfeccionar nuestro sistema democrático, sino que para *habilitar* políticamente a las nuevas generaciones en la correcta formulación de preguntas y en la adecuada construcción de respuestas. En este contexto, serán claves las señales que emitan los partidos políticos y sus dirigencias, las interpretaciones inequívocas que de éstas realicen los jóvenes podrían ayudar a desarrollar nuevas formas de hacer la política, diversificar los lenguajes y a configurar la imagen de un tipo de sociedad que, aunque diversa en su conformación, convoca y acoge a sus miembros en torno a valores y símbolos que encuentran sustento en el conjunto de relaciones sociales que la política es capaz de articular.

SANTIAGO, MAYO DE 1997

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- CORPORACIÓN PARTICIPA. «Los jóvenes y la política». *Serie de Documentos de Estudios* N°4. Seminario 1991. Corporación Participa. 1992.
- GARRETÓN, MANUEL ANTONIO. *La faz sumergida del iceberg: Estudios sobre las transformación cultural*. Ediciones CESOC-LOM. Santiago. 1993.
- GENERACIÓN COMPILADORES. *Los jóvenes en Chile hoy*. CIDE, CIEPLAN, INCH, PSI, SUR. Santiago, 1990.
- INSTITUTO CHILENO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS. *Políticas nacionales de juventud en Chile*. Santiago. 1993.
- INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD. *Primer informe nacional de juventud*. Santiago. 1994.
- e INSTITUTO DE CIENCIA POLÍTICA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. «Encuesta de opinión juventud y política». Santiago. 1996.
- ORGANIZACIÓN IBEROAMERICANA DE JUVENTUD. *Revista Iberoamericana de Juventud* N°1. Madrid, España. 1996.
- PARKER, CRISTIÁN Y PABLO SALVAT (compiladores). *Formación cívico-política: Desafío para la democracia*. Las Producciones del Ornitorrinco. Santiago. 1992.
- SERVICIO ELECTORAL. «Partidos Políticos». Santiago. Septiembre de 1994.
- VICARÍA DE PASTORAL SOCIAL. *Jóvenes de los 90*. Santiago. 1996.